

Empapado de mar, mirando hacia la tierra

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

Manuel RIVAS, 1997: *El periodismo es un cuento*. Alfaguara, Madrid, 351 páginas

En Galicia no sólo moja la lluvia y la humedad de la tierra. También el mar. El mar océano que abraza ese saliente atlántico de la Península con ansia protagonista. Manuel Rivas es gallego, de A Coruña, 42 años, periodista y escritor... aunque quizá a él esta definición de su quehacer le parezca redundante: es periodista porque escribe y es escritor porque tiene la mirada atenta del periodista. En todo caso, Manuel Rivas escribe y escribe bien, sin volar alto porque no le gustan nada las alturas. Viene de tierra marina, empapado, sin querer ascender a ninguna imponente montaña. Porque, confiesa, «desde los más alto, Dios, no se ve nada». Así que Rivas ha elegido quedarse a ras de tierra y mirar, escuchar y contar. Y al escritor le ha salido un libro recopilatorio de sus relatos periodísticos que ha titulado jugando al equívoco —tan de moda— «*El periodismo es un cuento*».

Manuel Rivas es un todo terreno que escribe sobre cualquier asunto. No es un especialista en política o en economía; mucho menos, deportes. Tampoco es un buscador de datos ni un hurgador de vidas ni miserias ajenas. Pero sabe acercarse a la gente y escuchar; y mirar. Lo que hace es simplemente contarnos algo que ha pasado o abrir una ventana para que veamos un momento cualquiera de alguien que sólo vive y no espera que su vida suscite la curiosidad de nadie.

Más que el desnudo realismo de un Galdós o un Balzac o un Zola, Rivas prefiere el minimalismo del Chéjov de los cuentos. Aunque quizá con bastante más lirismo: esa es una de sus notas características; tal vez la poesía no le haya abandonado a él aunque Rivas crea que él si la ha abandonado. Decía que Rivas no se ha especializado como periodista político ni económico, pero su relato «*La ola*» (páginas 161-165) es una crítica irónica y lúcida hacia ese liberalismo económico, privatizador y montaraz, que nos invade. Llama la atención que debajo del pretexto metafórico que conduce el relato, la ola arrasadora — siempre el mar—, subyace un conocimiento del tema económico-político asentado en lecturas más que indispensables. En realidad se trata de un artículo de opinión —como muchos de los relatos que componen el libro— que ha elegido la forma de la inducción retórico literaria mejor que la clásica argumentación. Así no se suben montañas pero se ve lo que pasa en la tierra. Una fórmula cada vez más utilizada hoy en los periódicos para la persuasión ideológica. Un modo ancestral de hacernos entender: contar cuentos. Las fábulas.

Cincuenta y nueve artículos llenan las 351 páginas de la obra de Rivas. Son cortos, típicas piezas calculadas para la extensión que admite un periódico o para el tiempo que concede un lector. Todos son expresión de buena literatura muy apegada a la tierra donde pasan las cosas. Y la tierra de su Galicia a la que Rivas retrata una y otra vez como en «*La triste historia de Eva*», «*La muerte del rey de los caballos*», «*Las madres del mar*», «*Costa da Morte*» «*En el corazón del temporal*»...y otros muchos. También el ser humano es objeto de su mirada terrena y penetrante. En «*Monseñor y el poeta*» Rivas traza una semblanza original, llena de contenido político-filosófico, del obispo Elías Yanes y del poeta Ángel González con el pretexto de una conversación entre los tres. María Casares queda excelentemente retratada en «*La mujer rebelde*», a través de una entrevista preparada con rigor y con un apoyo de documentación literaria nada frecuente. Lo mismo puede decirse de «*La madre república*» donde logra que se explye el exigente conversador Eduardo Haro Tecglen. La nota más sentimental pertenece al último de los relatos, titulado «*Un periodista*», que lo dedica como homenaje póstumo a su maestro en la profesión, el gallego Luis Pita, del que Rivas dice que todo lo aprendió.

Las estructuras narrativas que maneja Manuel Rivas con esmero y dominio no son repetitivas. Adapta el tono y la forma al contenido del relato. Emplea toda clase de recursos literarios como los diálogos que, a pesar de la dificultad que siempre entrañan en medio de una narración como, por ejemplo, la interrupción brusca o el hacerlos creíbles y que no parezcan artificiosos, los incluye con maestría y evita con ellos ciertas descripciones que podrían resultar demasiado inducidas. Es decir, logra que sus personajes hablen como hablan, con sus gestos y su lenguaje peculiar, con sus reacciones únicas a la pregunta impresa o intuita. La narración en tercera persona, tan útil para el periodista por

su posibilidad de omniscencia y distanciamiento, no siempre está presente en sus relatos periodísticos. Aparece la implicación de la primera persona, aunque es verdad que no abusa del yo para colarnos un planfeto. Su presencia está más que justificada. Rivas sabe escenificar lo que cuenta y las descripciones son ricas y muy hábiles en la relación de la cotidianidad de los seres y las cosas.

Manuel Rivas es un buen escritor. No ha necesitado desprenderse de su tierra y de su mar para serlo. Premios tiene que lo avalan: el Nacional de Narrativa por su libro de relatos «*¿Qué me quieres, amor?*» (1996) y el Premio de la Crítica por «*Un millón de vacas*» (1990) originalmente escritos en lengua gallega. Es autor también de dos novelas, «*Los comedores de patatas*» (1992) y «*En salvaje compañía*» (1994). Su obra poética está recogida en la antología «*El pueblo de la noche*» (1996). Su trabajo periodístico lo inició como meritório a los quince años en *El Ideal Gallego*. En la actualidad escribe para *El País* y dirige la revista crítica *Luzes de Galiza*. Todo ello le ha permitido escribir un prólogo biográfico y reflexivo en esta obra que comentamos, «*El periodismo es un cuento*». En ese prefacio, que titula «*La educación sentimental de un periodista*», nos relata su formación como escritor y como periodista. Y aquí hay algo que llama poderosamente la atención: acude a una anécdota para elevarla a categoría y se equivoca en el intento según mi criterio. Porque, de creerle, habría que pensar que no ha entendido que es ser periodista por muy bien que escriba. He aquí la muestra:

«Tengo delante una cuartilla con un texto apenas legible. Es una `crónica' del corresponsal de Boiro, Enmuce. Este hombre enviaba el mismo texto para todos los periódicos gallegos. Utilizaba papel de calco. Si tenías la suerte de que a tus manos llegase una de las primeras hojas, no había mayor problema. Pero cuando llegaba una de las últimas, aquello se convertía en un calvario. Guimaraens pone en mis manos la cuartilla. Transcribe esto, me dice. Sólo consigo descifrar tres o cuatro palabras: "Labrador... patata gigante". Sin decir nada, reconstruyo, invento, la crónica. Cuento el hallazgo en Boiro por un labrador de una patata gigante de cinco kilos con forma de nave extraterrestre. Enmuce fue felicitado. En silencio, la crónica resplandeciendo a tres columnas, lo vivo como un triunfo» (páginas 21-22).

En realidad, la anécdota es bastante pueril. No nos sirve, como es su intención, para reivindicar la dignidad literaria en el periodismo. Creo que no es ese el camino. Un periodista no inventa: observa, busca, mira, pregunta, se documenta, escribe. Un literato puede dar pábulo a su imaginación sin más límite que la aceptación de sus lectores. Y, a veces, ni eso. Un periodista debe hacer verosímil la realidad, que es mucho. Un literato, la ficción mezclada con buenas dosis de realidades camufladas. De modo que, aparte de eso, nos queda el lenguaje como elemento diferenciador. Aquí se complica el asunto, pues si un

periodista debe escribir claro y saber distanciarse emocionalmente de los hechos —aunque sea por respeto a sus lectores— eso sólo no le convierte en un buen escritor. Pero sí es verdad que el literato tiene más posibilidades de elección a la hora de optar por un estilo determinado y, por supuesto, toda la libertad que no tiene el periodista en cuanto a tiempo y espacio.

Del mismo modo, Rivas reproduce otra escena que vivió como estudiante de Periodismo: «*En la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid. Presento un ejercicio. El profesor me regaña: 'Esto no es periodismo, ¿esto es literatura!'. Otra lección invertida. Yo ya sabía que tenía razón. Que nunca, nunca, le haría caso*». Quizás le produzca cierta sorpresa a Manuel Rivas saber que su libro de relatos periodísticos se lea en las aulas de esa misma Facultad de la que él confiesa haberse salvado. Al menos yo lo hago así en mis clases de Redacción Periodística porque estoy absolutamente de acuerdo con él en que «*lo que nunca olvidaremos de los periódicos, o de la radio y la televisión, es lo que tienen de literatura*».

A Manuel Rivas le aconsejaría con mi mayor respeto y admiración que relejera el prólogo de Truman Capote (1988, Anagrama) de «*Música para Camaleones*», también una selección de relatos periodísticos de la última etapa del genial escritor estadounidense. En él, Capote hace un verdadero y difícil ejercicio de humildad —tan infrecuente— y nos cuenta lo que más interesa: sus dificultades como escritor, sus errores —«*desde luego, fracasé en algunos de los campos explorados, pero es cierto que se aprende más de un fracaso que de un triunfo*»— y sus aciertos después de toda una vida de cuestionamiento perfeccionista, de amor inusitado por la palabra, de las flagelaciones sufridas por esa fusta que siempre llevó consigo: «*Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; el látigo es únicamente para autoflagelarse (...)* Entretanto, aquí estoy en mi oscura demencia, absolutamente solo con mi baraja de naipes, y, desde luego, con el látigo que Dios me dio». Capote batalló por la literatura hecha periodismo o, al revés, por el periodismo convertido en impecadera literatura, lejos de la autocomplacencia, lejos de ningún triunfalismo sobre nadie y expone con asombrosa naturalidad lo difícil que es escribir bien y lo esclavo que es escribir mejor.

Por eso, porque Capote lo dijo ya, —también Tom Wolfe, aunque con el tono del hallazgo triunfal—, queda algo pobre la reflexión de Rivas sobre la diferencia entre periodismo y literatura. Pienso que debería haber hablado más de sí mismo como escritor y periodista. Pero de su prólogo hay una idea que rescato y que, junto con Capote y otros, forma ya parte de mis lecturas en clase: «*Para el escritor periodista o el periodista escritor la imaginación y la voluntad de estilo son las alas que dan vuelo a ese valor. Sea un titular que es un poema, un reportaje que es un cuento, o una columna que es un fulgurante ensayo filosófico. Ese es el futuro*» (página 23). Creo con Rivas que si el periodismo

tiene algún futuro como profesión —que vaya más allá de las sincopadas informaciones de agencia o tipo CNN, siempre escupiendo información que no explica *porqués* ni se detiene a mirar ni a escuchar, sin mencionar además al ya existente periodismo *on line*— consiste precisamente en dotarlo de buena y necesaria literatura. Para ello, naturalmente, no sólo basta con escribir bien o muy bien. Hay que saber mirar y escuchar, vivir en el mundo y tener una sólida formación humanística. Ese es el ejemplo que nos brinda, en esta obra suya «*El periodismo es un cuento*», Manuel Rivas, escritor y periodista, poeta, gallego, empapado de su océano Atlántico —¡cuántas metáforas marinas en sus textos!— y muy lejos de las alturas cercanas al cielo donde nada humano se ve.